

# **El DDT**

**(El Diario De Tino)**

**José María López**

© José María López  
ISBN: 84-934323-2-6  
Depósito legal:

Diseño, maquetación y producción: Joseba Berriotxoia - [www.eroteta.com](http://www.eroteta.com)  
Impresión: Publidisa  
Distribución: tfno. 667 67 83 21

Printed in UE.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, grabarse o transmitirse en forma alguna, cualquiera que sea el método utilizado, sin autorización expresa por escrito de los titulares del Copyright.

# **El DDT**

**(El Diario De Tino)**

**José María López**



*Dedicado a mis tres mujeres,  
Inma, Beatriz y Cristina*

*Agradecimientos:  
Al primo Larry, por colaborar en este proyecto*

Hola. Mi nombre es Tino. Pero no Tino de Constantino, que por lo menos es un nombre latino. Este nombre lo hizo famoso un emperador romano que instauró el cristianismo en sus dominios y cuando cambió la capital del Imperio a Bizancio, ésta adquirió el nombre de Constantinopla (Konstantinapolis, «ciudad de Constantino»), hoy sustituido por un derivado turco de la misma palabra: Estambul. Por supuesto toda esta información la sé de primera mano, la he conseguido de un libro que, seguro que si mi madre se lo hubiera leído, me hubiera puesto Constantino; que no es que al nombre en cuestión le progrese devoción alguna, pero por lo menos lo veo como con más empaque y presencia que el nombre que por decoro me vi obligado a utilizar en su diminutivo: JUSTINO.

Sí, has leído bien, Justino con todas las letras. Justino, gentilicio de Justo, claro que peor hubiese sido el derivado: Justiniano. Cierta día, cuando comprendí que con dicho nombre no se podía andar por la vida, decidí buscar un diminutivo. Tenía dos opciones, una era llamarme Justi, que me sonaba y me suena como muy femenino. Y la otra era llamarme Tino, que no es un nombre muy macho que digamos pero suena como más moderno.

Hace unos meses mi hermana desechó una libreta con las tapas duras como las de un libro cuyo título es «Mi Diario». Al principio me parecía una horrerada y, por supuesto algo más que femenino, el escribir lo que a un hombre casi

hecho y derecho como yo le ocurre. No obstante, la idea me parece interesante, más bien me seduce. Y por eso estoy garabateando este prólogo de lo que será mi vida y mis alrededores plasmados en un papel. La idea está bien meditada y por si acaso alguien descubriera el diario en cuestión, lo justificaría alegando que ha sido un regalo de cumpleaños. Y que los regalos hay que aceptarlos y utilizarlos, ya que de lo contrario sería una falta de respeto al que hace el regalo.

Bueno, me estoy enrollando de más con la presentación, lo mejor será empezar por escribir lo que ha dado el día.

### **Martes 6**

Papá es un tío genial, sólo tiene un defecto: padece una extraña fobia, la cual no le permite estar encerrado en mi casa más de una hora. Yo le llamo «casafobia». Por lo demás, mi padre es un padre como todos los demás, es un padre normal, casi demasiado normal. Es totalmente previsible, a las dos menos cuarto la mesa de mi casa está en condiciones para practicar el arte del buen yantar, ya que a las dos y cuarto mi padre aparece como por arte de magia en su silla de costumbre. Nosotros le acompañamos en silencio y le dejamos el mando a distancia justo al alcance de su mano. El ritual siempre es el mismo: mi madre le acerca el pan, mi hermana la mayor le llena el vaso de vino; eso sí el vino tinto, fresco y, por supuesto, de la misma marca «REALCE», que según mi padre es el mejor tinto que se puede beber. Mientras mi padre realiza su ritual del Realce tinto, mi hermano y yo nos limitamos a observar y esperamos que mi padre dé el pistoletazo de salida para poder empezar a comer.

Una vez todos en materia, bueno casi todos, ya que mi madre sigue terminado de cocinar el segundo plato, nos limitamos a comernos todo lo del plato, ya que nos podemos jugar la paga del fin de semana. Mi padre justo después de

haberse comido casi toda la ensalada y vaso y medio de un generoso y oscuro tinto de la tierra, nos pregunta qué tal hemos pasado la mañana. Mi hermano y yo nos aceleramos a contestarle al unísono y mi padre como siempre dice: «Silencio, que estoy intentando de oír las noticias».

Y yo me pregunto: ¿Para qué narices hace esa absurda pregunta, si no nos va dejar que se la contestemos?. Es una de las pocas cosas que no logro entender, y mira que he pedido una segunda opinión a mi hermana. Lo de pedir una segunda opinión es por no estar callado, porque hacerle una pregunta a mi hermana es como lavarle la cara a un caballo, no sacas nada en claro.

Mi hermana es el ojito derecho de mi padre, no sé qué le habrá visto, es una larguirucha con estaño en los dientes y según mi amigo Pablo está más lisa que una tabla. Mi hermana es dos años mayor que yo. Y sólo por este motivo se cree que lo sabe todo, siempre repite un refrán que dice: «Más sabe el zorro por viejo que por zorro». Lo cojundado es que a pesar de que su apariencia no es para tirar cohetes, siempre tiene un montón de moscones a su alrededor. Yo les llamo moscones a esos hombrecillos con la cara llena de granos, que no veas la cara de tonto que ponen cuando mi hermana les dedica un guiño y no te digo si ésta les da un beso en la cara, algunos hasta se quedan como sin respiración. Se ha dado el caso que a más de uno se le ha puesto el careto amarillo, a pique de que les dé algo. Y todo por un beso de una larguirucha con estaño en los dientes y tan lisa que si se pone de perfil sólo le resalta su prominente nariz picasiana.

¡Qué asco! Yo jamás dejaría que mi hermana me diera un beso. Una vez lo hizo y me dejó marcado el aparato que lleva en los dientes en toda la cara. Mis amigos se reían y me decían si es que me había quedado dormido en los barrotos de la cuna de mi hermano. No veas la cara de asco que pusieron cuando les dije que me había dado un beso

mi hermana. El contarle esto a mis amigos me tuvo traumatizado varios días, pero al final lo superé cuando me enteré que a uno de mis compañeros de la escuela le obligaron sus padres a dormir una noche con su hermana. Él se justificó poniendo la excusa de que tuvo que dejar la cama a un pariente que les visitó durante unos días. Yo antes dormiría en el sofá de la salita que dormir con mi hermana. Y aunque os parezca que dormir en el sofá no es un sacrificio tan grande como a simple vista parece, dormir en el butacón de mi casa es tarea casi heroica, ya que encima de él se encuentra un reloj de cuco, y cada quince minutos sale el pajarraco y no veas que tostón de animal. Cuando yo era pequeño me creía que el pajarraco era de verdad. Un día cogí el alpiste que tenía mi madre guardado en el cajón del mueble que hay encima del calentador del agua, abrí la bolsa y le añadí un poco del detergente de la lavadora para cargarme al dichoso cuco. Me di cuenta que había metido la pata cuando observé al canario de mi abuela que cada vez que bebía agua y después intentaba cantar, más que un pájaro parecía el anuncio del Gior ese de «un poco de pasta basta». Al final el canario de mi abuela terminó muriéndose. Mi abuela cogió un disgusto de miedo, pero como le dijo mi padre: «Si el canario hubiera estado en tu casa, seguro que no se habría muerto en la nuestra». A mí me da la impresión que yo no fui el culpable de la muerte del animal; bajo mi punto de vista se lo cargó mi madre cuando intentó hacerle un lavado de estómago. Mi madre hace todo lo que ve en la tele, y la serie que más le gusta es esa de los médicos en la que sale un tal George Clony o algo parecido.

Si es que mi madre está enganchada a la tele, todo lo cotidiano lo relaciona con un programa de la televisión o algún anuncio. Ella no se da cuenta, lo hace instintivamente. Cuando le está cambiando el pañal a mi hermano siempre canta: «ni gota ni gota». A la hora del desayuno siempre nos dice: «bebeos el vaso chocolateado con Nes-

quik y no os olvidéis de vuestros copos de arroz inflado». Otra de sus manías casi siempre se le manifiesta todos los primeros de mes. Se mete al cuarto de baño y se le oye decir: «No se nota, no se mueve, no traspasa. Sirve para jugar al tenis, montar a caballo, esquiar». Estos comentarios al principio a mi hermano y a mí nos tenían mosqueados, y por mucho que registramos el cuarto de baño jamás encontramos nada que ni se mueva, ni se note y que, además, sirva para jugar a tantas cosas. Yo creo que mi madre se tuvo que caer de pequeña de cabeza de la cuna. Se lo tendré que preguntar a mi abuela.

Hubo una temporada que seguía varias novelas de esas que hablan muy flojito y siempre están llorando. Por aquella época cuando nos despertaba por las mañanas siempre lo hacía con un tono raro y un vocabulario que todavía no me habían enseñado en la escuela. Parece que aún la estoy oyendo: «Qué tal han dormido mis pibes, acá os traigo el desayuno, y tener cuidado no os clavéis el trinche». Y acababa regañando a mi hermana porque según mi madre llevaba una pollera colorá demasiado corta para estar en el mes de febrero.

Este tipo de neura le duró unos tres meses. Pero qué tres meses, lo mismo se vestía como una institutriz inglesa que parecía que iba a presentar el telediario o salía a la palestra con una minifalda como las azafatas de un concurso nocturno. Y, querido diario, aquello era muy fuerte, mi madre vestida como la mujer del tiempo pase, a pesar que debido a sus prominentes pechos cuando se pusiera de perfil taparía medio mapa, tan solo dejaría visible Extremadura y las Islas Azores que es por donde vienen todas las borrascas. Pero lo que realmente hacía mal a la vista y por supuesto a la honra de la familia es cuando mi madre se vestía como las azafatas del «Un, Dos, Tres»: con una minifalda que más que falda parecía un cinturón ancho, una blusa dos tallas menos de la que realmente se tendría que poner y unas gafas de pasta dura que le tapaban toda la cara y,

como decía mi padre, le resaltaban el bigote. Dejó su adicción por las novelas cuando se enteró por el periódico que hacían una prueba para entrar a formar parte de un concurso. Dicho concurso trataba de encerrarse en una casa durante tres meses, y el ganador sería el que más aguantara dentro. Mi madre ya se veía dentro de esa casa y, por supuesto, como la ganadora indiscutible del concurso. Durante las comidas nos aburría con sus estrategias para ser la más popular y cómo desanimar a los demás para que abandonaran la casa. Y seguro estoy que como persistente a mi madre no le habría superado nadie, y aburrir, aburre hasta a unos recién casados en su luna de miel. Pero lo que más me llamó la atención fue el interés que mi padre mostró en aquella ocasión, es más, animaba a mi madre para que se presentara. Yo no lograba comprender la actitud de mi padre, ¿cómo nos íbamos a arreglar sin mi madre durante tres meses?. Pero a mi padre se le veía ilusionado, hablaba solo, incluso nos acompañó un domingo a la misa de las doce. A mi padre sólo recuerdo verlo en la iglesia en el bautizo de mi hermano. Sus ideas religiosas las tiene bastante claras, es creyente pero no-practicante. Su opinión sobre los curas no son del agrado de éstos. Les llama parlanchines, porque según él viven del cuento. Pero en el fondo yo creo que los admira, porque cuando se enfada con mi madre siempre dice: «¿Por qué no me metí a cura en vez de casarme contigo?».

El tema del concurso fue descartado y mi madre volvió a la realidad. Se desenganchó de la televisión, pero fue absorbida por otro tipo de drogodependencia: las revistas del corazón. Pero sobre este tema hablaré más adelante.

Mis padres, para mí, son únicos e irrepetibles. Hubo un tiempo que creía que todos los demás padres eran igual que los míos. La madre siempre con mala cara y refunfunando al padre, y el padre cabreado cogiendo la puerta en dirección al bar de la esquina. Pero no en todas las demás casas pasaba esto, había algunas en las que el padre le pe-

gaba a la madre. Eso en mi casa nunca ha sucedido, por la cuenta que le trae a mi padre, porque saldría perdiendo, ya que de la primera «bofetá» que le diera mi madre lo tendríamos que buscar con lupa. Mi madre está casi como el armario donde guarda todos sus trapillos mi hermana. Cuando era joven trabajó como portera en un gimnasio, y le cogió el gustillo a las pesas y llegó a ser Miss Culturismo La Hoz del Huécar. Estoy seguro que es la madre más fuerte de todo el barrio, si me aprietas creo que es la más cachas de todo el pueblo y de Castilla La Mancha. Cuando llega el verano y mi madre se pone algo más ligera de ropa, parece una mole humana, es todo fibra y músculo; estoy seguro de que sería capaz de partir las nueces contrayendo los músculos del culo. Cuando se echa algún tipo de crema en el cuerpo y le brillan los músculos, sólo le falta ponerse un bikini tipo tanga para pasar por una de esas modelos culturistas que salen en la tele. Ya me la estoy imaginado en la tele con un tanga amarillo y rojo como la bandera de España, mi abuela llorando de emoción y mi padre reprochándole que por su culpa mi madre parece un mono de feria. Yo creo que mi padre se equivoca, pues mi madre con esos músculos más que un mono parece un orangután. (Espero que nunca caiga este diario en manos de mi madre).

Lo malo es que yo he salido a mi padre: escuálido y con el pelo rizado, sólo me falta el bigote para parecerme más a él. Ya quisiera yo de mayor tener los músculos que tiene mi madre, iba a fardar más que un pavo con leotardos.

Mis padres tienen sus roces como todo buen hijo de vecino, pero por mucho que les dure un enfado siempre lo terminan arreglando el sábado por la noche. Con el tiempo comprendí esto, y también que a mi hermano pequeño algunas veces en plan cariñoso le llamaran forense. Seguro que fue fruto de la discusión por la compra de nuestro Ford Fiesta. Y a las pruebas me remito, mi hermano tiene la cabeza como un airbag y las orejas como unos alerones y sonido estéreo, ya que el «jodío» se pasa todo el día llorando.

Querido diario, tengo que dejarte, mi madre no para de vocear para que baje a cenarme las espinacas, y si no bajo rápido mi madre se pone hecha una fiera, y mi madre cuando se cabrea lo mejor que se puede hacer es lo que hace mi padre, coger la puerta y marcharse al bar de la esquina. Y, como comprenderás, yo a estas horas en el bar de la esquina pinto menos que mi padre en mi casa cuando está mi abuela. Mañana seguiré escribiendo, esto me está gustando y, por lo menos, como diría mi abuela: hay que escribir más y no ver tanta tele.

### **Miércoles 7**

Acabo de terminar de hacer los deberes de Matemáticas y, válgame Dios qué gilipollez. Yo comprendo que las matemáticas es una de las asignaturas que más provecho se les saca durante toda la vida. Pero el que se inventa el contenido de los problemas, seguro que si no le han dado el premio Nobel de literatura, ha estado nominado. Porque para hacernos calcular la distancia entre dos puntos que se mueven a velocidades distintas en direcciones opuestas, para encontrar el punto donde se juntan, yo creo que no hace falta poner por ejemplo que si un tren sale de Vigo y otro de Bilbao a distintas velocidades se van a pegar el guarrazo a la altura de Gijón. Eso no es un problema matemático, el verdadero problema lo tendría el encargado de cambiar las agujas de las vías. Porque yo me imagino estar en el tren y que se oiga por los altavoces: «El tren de Vigo viene a 120 kilómetros y nosotros vamos a 150 kilómetros hora, o sea, calcular el tiempo que os queda de estar con vida». Cojones, que avisen al guardagujas que seguro que se ha quedado dormido. Y problema solucionado.

Hoy el día ha sido bastante normal, en la escuela todo ha sido tan simétrico que sabía que hoy era miércoles porque es el día que nos ponen diapositivas en la clase de Ciencias Naturales. Esta clase es la más divertida del día,